

El aroma y el sentido profundo del toreo

Eudoro Fonseca Yerena

La tauromaquia en la picota

La tauromaquia, milenaria en sus raíces, centenaria en su formulación moderna, se encuentra, hoy, controvertida, asediada y cuestionada en muchas partes. Aquí y allá ocurren manifestaciones anti-aurinas y se suceden intentos –con resultados variables– de prohibir la continuidad y realización de los festejos aurinos. La tauromaquia es una supervivencia del pasado, un arte antiguo, con una fuerte raigambre comunitaria y que ha llegado a nuestros días. El ascenso del animalismo y la sensibilidad con-

temporánea entran en conflicto con esta actividad tradicional que se convierte en un espacio de resistencia cultural.

La Fiesta de los Toros es impugnada y puesta en la picota por individuos constituidos como sujetos bajo un modelo civilizatorio industrial, tecnocientífico y utilitario que marcha a contrapelo del ritualismo y los valores simbólicos que el toreo representa. La Fiesta de los Toros resulta hoy un coto reservado de la incorrección política. Las redes sociales son un espacio abierto y permisivo a toda suerte de contenidos escabrosos y bizarros, a toda suerte de expresiones violentas y de odio y, sin embargo, esos mismos sitios se muestran intolerantes y pacatos tratándose de imágenes taurinas, mismas que son objeto de pudorosa e implacable censura. Los aficionados a la Fiesta de los Toros son señalados y estigmatizados socialmente, se convierten en una especie de catecúmenos que profesan un culto perseguido.

¿Todas las opiniones son igualmente respetables?

No todas las posiciones antitaurinas son de la misma naturaleza. El cuestionamiento a la tauromaquia se despliega a través de un abanico muy amplio de opiniones, actitudes y grados de rechazo. Hay quienes, llevados por sus aficiones o preferencias personales, no son afectos al espectáculo taurino y tienen vagamente una opinión adversa sobre el tema. Otros fundan su rechazo en razones de tipo intelectual o que tienen que ver con la protección de los animales, o, simplemente, con una sensibilidad contraria a las prácticas y acciones en que el toreo consiste. Son opositores más o menos activos, expresan sus opiniones públicamente, impugnan la Fiesta de los Toros, a la que reprueban, sobre todo en nombre del rechazo a toda forma de maltrato animal. Sus puntos de vista son sin duda respetables y debatibles.

Pero, la principal embestida contemporánea (ya que de toros hablamos) en contra de la tauromaquia proviene de grupos animalistas organizados, fuertemente reactivos e intolerantes, integrados en muchas ocasiones por jóvenes militantes que son verdaderos “cruzados” de la lucha antitaurina. Estos grupos y organizaciones no sólo reprueban el espectáculo taurino: lo abominan, con toda la emotividad y apasionamiento que este término implica (aunque, paradójicamente, en la mayoría de los casos, lo desconozcan por completo). Para estos militantes antitaurinos, la tauromaquia es algo inadmisibles que, por principio, no debería existir. Su posición es fija e inamovible, desinformada y prejuiciosa, no admite el debate ni la confrontación intelectual. No saben nada del tema que los irrita, pero tampoco les interesa saber. Imaginan cosas que no corroboran y con esas representaciones subjetivas, elevadas a la categoría de certezas y verdades inapelables, les basta. El aficionado a los toros se vuelve sospechoso, un enemigo. Conocemos bien la lógica perversa del fanatismo y el odio, y, sobre todo, sabemos a dónde puede conducir. De hecho, ya se han producido agresiones, no sólo verbales, en contra de aficionados que asisten pacíficamente a las corridas de toros.

¿Qué es lo que hay detrás de las manifestaciones antitaurinas más extremas? El móvil es el repudio al maltrato animal, pero hay sobre todo desconocimiento, una reducción simplista de la tauromaquia, una negación de los aspectos implicados en ella (históricos, culturales, artísticos, simbólicos, comunitarios, patrimoniales, entre otros), una falsificación y caricaturización del espectáculo taurino, el que es visto como un mero ejercicio de tortura, crueldad y sadismo, de violencia ciega y gratuita. En suma, fundamentalmente: creencias, desconocimiento de la tauromaquia, emocionalidad.

El fanatismo antitaurino y sus imaginarios tienen como corolario lógico la intolerancia y el dogmatismo. La oposición a la tauromaquia se postula como posición “políticamente correcta” y, de conformidad con la lógica de la llamada cultura de

la cancelación, se enjuicia sumariamente a quienes sostienen su afición a los toros. Una lógica inquisitorial y prohibicionista se impone sobre el espectáculo taurino, atropellando una tradición de siglos, una manifestación cultural viva, así como los derechos culturales y la economía de muchos individuos y comunidades. No está a discusión el derecho a disentir de la Fiesta de los Toros, a tener ideas y opiniones contrarias a ésta, a expresarlas libre y públicamente, a manifestarse en defensa de aquello en lo que se cree y a vivir en consecuencia. Lo que se cuestiona es la voluntad de imponer las propias convicciones a los demás, la tentativa moralizante, la voluntad de colonizar al otro, de querer catequizarlo. Lo que se cuestiona es la actitud inquisitorial, la censura a partir de concepciones y posiciones particulares. Digámoslo bien: a partir del desconocimiento y el prejuicio.

Para muchos antitaurinos, el toro de lidia (una fiera que posee una fuerza arrolladora, una arrogancia y una bravura imponentes, un animal que se arranca como expreso y cuya casta lo lleva a embestir y a pelear, un animal capaz de levantar en vilo más del doble de su propio peso y de hacer volar por los aires las gruesas tablas de los burladeros) resulta a sus ojos apenas un animalito indefenso, apacible y pacífico, casi doméstico y tierno como una mascota. Las generaciones pasadas, anteriores al ciclo tecnológico y consumista de la modernidad, siempre estuvieron en contacto con los animales como insumos alimenticios de la población humana: las abuelas sacrificaban las gallinas, los pollos y los guajolotes en casa, y en el ámbito de las cocinas domésticas, los preparaban para transformarlos en succulentos y sofisticados platillos; la historia del arte registra los bodegones o “naturalezas muertas”, con sus codornices y patos y demás animales sacrificados junto a los opulentos frutos de la tierra; los animales muertos aparecen en escenas religiosas, costumbristas y de caza. Rembrandt pudo hacer de un buey desollado una obra de arte. Pero hace tiempo que la vida urbana, primero, y la vida electrónica y virtual,

después, han abierto un tajo entre los individuos y el mundo natural, y han terminado por ocultar éste. Asistimos hoy en día a la existencia de generaciones que compran la carne para el consumo dispuesta en cajitas industriales, que no conocen ya las carnicerías y que tampoco conocen a los animales mismos en sus hábitats naturales.

Algo que no encaja

El fanático antitaurino realiza un juicio sumario al aficionado a la Fiesta de los Toros. Lo encuentra culpable, de acuerdo con la representación que se forma de ésta y de acuerdo con una caracterización mental en la que cree a pie juntillas y a la que otorga el estatus de verdad inapelable: el aficionado a la Fiesta de los Toros es por definición una persona sádica y perversa, que experimenta delectación ante un espectáculo sangriento, se complace con la tortura y sufrimiento de un animal indefenso, infligido por un torero alevoso y no menos sádico que el aficionado mismo. Por eso, resulta una justa vindicta que el toro hiera al torero; por eso, el *anti* se alegra con los percances leves o graves, mejor si son graves, sufridos por los diestros. Tales percances son un acto de reparación y justicia divina. Por eso, también resulta legítimo, a los ojos del fanático antitaurino, desear la muerte misma del torero. Venganza perfecta: ojo por ojo y diente por diente. Ése es el mensaje que permea cotidianamente los *antis* y los *haters* en las redes.

La simplificación ideológica y el reduccionismo son útiles para confirmar lo que previamente ya se cree, para convertir las creencias de la feligresía en verdades inexpugnables, invulnerables a cualquier hecho o argumentación que las desmienta, para blindarlas con explicaciones siempre *ad hoc* contra las subversiones de la terca realidad. Pero la terca realidad, como el dinosaurio de Augusto Monterroso, “todavía estaba allí”. Hay algo que no encaja en el perfil real del aficionado

a los toros con los rasgos imaginados por los antitaurinos más extremos.

El comportamiento del aficionado taurino dista mucho de esa caricatura: ningún aficionado, ni uno solo, acude hoy a una plaza de toros por delectación ante la sangre. La Fiesta de los Toros es otra cosa y las motivaciones de los aficionados *están en otra parte*. Los aficionados taurinos suelen ser sensibles a las manifestaciones artísticas, memoriosos y sentimentales, evocan toros y toreros, faenas y hazañas de otros tiempos; el espectáculo taurino, lleno de plasticidad y color, impacta la sensibilidad de inmediato, pero su comprensión profunda exige conocimientos. Los aficionados taurinos, conforme intensifican su afición, acumulan más recuerdos. Nimbados por la nostalgia y también mayores conocimientos, se van volviendo doctos y eruditos. Los aficionados a los toros no son violentos. En las plazas de toros no ocurren los episodios de violencia masiva y desatada que ocurren con frecuencia en los estadios de fútbol.

Algo no encaja bien: entre los grandes aficionados y amantes de la Fiesta de los Toros se encuentran infinidad de personajes distinguidos: médicos eminentes, científicos, intelectuales, poetas, escritores de primer orden, premios Nobel, inclusive; músicos, genios del arte universal, entre otros. ¿Cómo conciliar este hecho con las representaciones mentales de *los antis*? Personalmente, pienso en una figura como Alfonso Pérez Romo, un gran aficionado a los toros. Evoco su trato amable, deferente y afectuoso, sus suaves maneras, su calidez, su categoría personal, su notable cultura. Un hombre que dejó a su paso una estela bienhechora y perdurable en su comunidad. Médico con vocación de servicio, maestro, forjador de instituciones, humanista y promotor de las humanidades, de las artes, de la cultura, rector universitario, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, orador magnífico, contertulio excepcional y gran amigo de sus amigos. Si uno quisiera resumir en tres palabras la vida de Pérez Romo, esas palabras serían: servicio, humanismo y cultura.

Decían los griegos que una vida cumplida era un círculo perfecto que se cierra, el cumplimiento de una vocación y un destino. Así fue la vida de Pérez Romo, una vida plena y cumplida. Morris Berman señala que nuestra civilización contemporánea carece de un modelo de *buena vida* y de *excelencia personal*, como sí lo tuvieron y postularon los griegos. En la Grecia de la antigüedad clásica, la persona excelente era aquella que realizaba la *areté*: una persona que sabía bastante sobre el mundo: ciencia, historia y arte; que cultivaba el cuerpo y el espíritu; que apreciaba y ejecutaba la música; consciente de que la verdadera fuerza reside en el poder de dar, ayudar y curar. ¿No es éste, acaso, el retrato hablado de Alfonso Pérez Romo? Para él, la Fiesta de los Toros fue mucho más que una afición: fue una pasión de vida, una parte importante de su mundo personal, algo asociado de manera indisoluble a sus recuerdos, a sus placeres, a sus amigos. La afición taurina lo acompañó desde la infancia hasta su último aliento. La expresión no debe leerse como un tópico, sino en un sentido literal.

Pérez Romo fue un aficionado total: no sólo gustaba de la tauromaquia, la practicaba: con 88 años a cuestas, “se tiró al ruedo” y toreó con brío y solera una vaquilla. Fue un gran empresario de la Plaza Monumental de Aguascalientes, durante su gestión, emprendió iniciativas tendientes a respaldar la categoría de la plaza: habilitó un lugar para exhibir los encierros que se iban a lidiar en las corridas, como el Batán de Madrid, de modo que el público pudiera apreciar el trapío de los toros antes de la realización de los festejos; limpió el callejón de anuncios comerciales; publicó el reglamento taurino de Aguascalientes y lo repartió entre los aficionados; y algo de la mayor importancia: montó en la enfermería de la plaza un quirófano equipado “como podía estar el mejor de la ciudad”.

Pérez Romo fue amigo de toreros, tanto de figuras como de toreros modestos, de ganaderos y conspicuos taurinos; por último, pero no lo menos importante, sabía disfrutar la música y la noche, el vino y los amigos. Cuando “le crecía el alma”,

tocaba su guitarra y cantaba. Al oírlo, recordaba yo una anécdota de Saturnino Frutos “Ojitos”, contada por Rodolfo Gaona, su discípulo predilecto, en *Mis veinte años de torero*. Ahí cuenta el Califa de León que Ojitos les aconsejaba a todos los torerillos que supieran cantar y tuvieran salero, porque no había nada peor para un torero que ser soso y “desaborío”. Pérez Romo no fue torero, pero nunca fue “desaborío”.

Recuerdo ahora al querido Doctor y pienso que la sola existencia de un hombre y aficionado a los toros como él basta para exhibir la ignorancia de los fanáticos antitaurinos, para echar por tierra y derrocar sus figuraciones, para poner en crisis y someter a profunda revisión sus juicios sumarios, sus sentencias inapelables y condenatorias sobre los aficionados a los toros.

El aroma del toreo

Entre sus muchas facetas, Alfonso Pérez Romo fue un escritor taurino. Escribió dos monografías dedicadas a los toreros más importantes de Aguascalientes y figuras de la tauromaquia mexicana: Alfonso Ramírez “el Calesero” y Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”. La primera monografía, *El aroma del toreo*, es una entrevista al Calesero acerca de cómo vivió el diestro los días que transcurrieron entre su despedida en Aguascalientes, el 13 de febrero de 1966, y su despedida en la Plaza México, el 20 del mismo mes y año. La entrevista está permeada por la admiración y afecto que sentía Pérez Romo hacia el Calesero, pero no es una entrevista insulsa y previsiblemente laudatoria.

Se trata de una conversación inteligente e incisiva, plena de conocimiento y agudas observaciones de buen aficionado a los toros por parte del entrevistador. La conversación da pie a éste para reflexionar “sobre la esencia del toreo, la naturaleza y el origen de la belleza en el arte, sobre el misterio de la creación

artística”. Sin ocultar la admiración que Pérez Romo siente hacia el Calesero, le hace cuestionamientos incómodos. Xavier Villaurrutia escribió alguna vez que hay toreros que torear por regla y otros por excepción; el Calesero perteneció a los segundos. Fue un torero dotado del “pellizco” del arte, pero intermitente. Como en el caso de otros toreros de su mismo corte, había que esperar muchas tardes para que prodigara su toreo artístico. A este respecto, Pérez Romo lo confronta: “Se ha escrito y comentado que fuiste un torero irregular, que a veces bajaba la entrega y el entusiasmo con la muleta y que tuviste largos períodos de espera sólo rotos con brillantes chispazos con el capote o alguna faena inspirada”. El Calesero reconoce haber caído en altibajos en su carrera, pero nunca en lo chabacano y vulgar: “Pertenezco a una clase de toreros llamados artistas”, se define a sí mismo. Refiere Pérez Romo que, donde se paraba su entrevistado, nadie dudaba de que ahí estaba un torero. El Calesero tenía aroma, era torero en todas partes y a todas horas. Lo que me hace recordar a Baudelaire y su definición de *dandy*: “ser sublime siempre”. El Calesero fue un “torero *dandy*”.

Pérez Romo, aparte de cuestionar y ser directo, hace un rendido y generoso reconocimiento al Calesero. No se guarda nada al momento de manifestar su admiración al diestro:

Pues por torear así con el capote, dejando que todas las potencias del alma se vuelquen en ese prodigio efímero que es un lance, es por lo que serás un recuerdo imborrable en la historia del toreo. Y, además, porque creo con el debido fundamento, que tú eres el torero que ha alcanzado las cotas más altas del toreo de capa en toda la historia del toreo mexicano; tanto en profundidad como en extensión.

El sentido profundo del toreo

Su libro, dedicado a la tauromaquia y personalidad de Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*, Pérez Romo lo escribió y publicó varios años después de la muerte del torero. La índole singular de la tauromaquia de Rafael Rodríguez lleva al autor a realizar una exploración de las raíces mítico-simbólicas y religiosas del toreo. Desentrañar la tauromaquia del diestro exige al autor desentrañar la noción de lo que llama “sentido profundo del toreo”. Alfonso Ramírez y Rafael Rodríguez fueron toreros muy distintos; de hecho, cada uno representa una vertiente del toreo: el primero, el toreo de arte, esencialmente estético; el segundo, el toreo apasionado y dramático. Ambos diestros revelan el misterio del toreo por caminos diferentes: el Calesero, por la vía de las formas, la creatividad y la elegancia; el Volcán de Aguascalientes, por la vía de la intuición, el dominio de la técnica y la entrega. Ramírez, más allá del valor, alcanzó el arte; Rodríguez, más allá de la estética, alcanzó lo sublime. Aquél encarnó el aroma del toreo; éste, su sentido profundo.

Pérez Romo describe a Rafael Rodríguez como un torero de talante serio y concentrado, que impactaba a los públicos desde el paseíllo mismo: “daba la impresión de que una energía de siglos acumulada en su interior misteriosamente luchaba por revelarse”; un torero que sobrepasaba la frontera de la técnica, de lo perceptible a través de los sentidos, para develar los espacios donde se vislumbra lo trascendente y lo sublime; que hacía sentir la presencia de lo que apenas intuimos, de lo que nos antecede y sobrepasa. El Volcán tenía el don y la capacidad de producir una conexión profunda, telúrica, entre el sentimiento íntimo del que crea y las emociones de las masas.

El autor emprende, en la primera parte del libro, un “paseo” erudito y elegante por las manifestaciones del simbolismo y culto táurico, desde la más remota humanidad hasta su permanencia subyacente en el toreo actual. El toro simboliza

la fuerza de la naturaleza y su poder fecundante y generatriz, el incontenible ímpetu de fuerzas misteriosas de origen sobrenatural. Que el toro bravo sobreviva desde la prehistoria es un prodigio de permanencia, un hecho natural de la mayor importancia. El toro que mira y que nos mira desde la remota Ur presenta la misma conformación fisiognómica, el mismo fenotipo del toro contemporáneo. La supervivencia y conservación del toro bravo, ese animal arrogante e imponente, depende, en la actualidad, exclusivamente, de la supervivencia misma de la Fiesta de los Toros. La bravura del toro constituye el eje esencial de la tauromaquia. Si se atenta contra la bravura del toro, se atenta contra la esencia misma del toreo. Escribe Pérez Romo:

Si se diluye y atenúa la bravura, se pierde la razón de ser de su poder simbólico y muere con ello la razón de ser de la corrida como rito mágico religioso, que es lo que da solemnidad y trascendencia y lo que la defiende de caer simplemente en espectáculo negocio como tantos otros.

En un hecho igualmente fascinante y sorprendente, el toro ha sido un tema constante en el arte de todas las épocas y todas las civilizaciones, desde Altamira y Cnosos, hasta el toro que señorea “con toda su ominosa prepotencia la tragedia estrujante del *Guernica*”.

El simbolismo taurico está inscrito en los estratos profundos de la conciencia humana y subsiste en el toreo como escenificación y actualización de los viejos dilemas que han torturado a los hombres desde siempre: la vida y la muerte, las fuerzas ciegas de la naturaleza, el destino incierto. En esta permanencia y continuidad, en este latido ancestral, se esconde el sentido profundo del toreo. Para Pérez Romo, la tauromaquia es la representación del viejo drama del hombre que opone su valor, su arte y su inteligencia a las fuerzas ciegas de lo desconocido; confluyen en ella los conocimientos y destrezas que han desarrollado y perfeccionado la técnica de torear a través

de los siglos, así como el despliegue estético de formas efímeras que se crean al filo del peligro. El torero es un nuevo oficiante de un antiguo rito cuasi religioso; el público, un actor y participante del drama y el ceremonial del toreo.

Las corridas de toros constituyen uno de los espacios contemporáneos donde se juega la supervivencia de lo sagrado. En el toreo tiene lugar la intuición de lo trascendente, la presencia de otra realidad más allá de la materia y anterior a cualquier fenómeno físico, de una fuerza que nos consume y nos eleva. El toreo responde, igual que las religiones, a una angustia metafísica y a la fatalidad de la muerte. “El riesgo más grave que confronta la civilización en esta hora, es la pérdida de este sentido de lo sagrado”, dice el Doctor. La Fiesta de los Toros constituye un espacio de resistencia cultural frente a la pretensión totalitaria de la tecnociencia y el utilitarismo.

Apunta Pérez Romo que Rafael Rodríguez tuvo que desenvolver su discurso estético de siglos ante multitudes cada vez más secularizadas y superficiales. La pérdida del sentido de lo sagrado, el gusto por lo inmediato y perecedero, la lógica impuesta por el mercado y el consumo conspiran contra los valores y la ritualidad de un espectáculo “que debe elevarse de lo lúdico a lo cuasi religioso” y en el que el público desarrolla un papel como actor relevante de un drama o una ceremonia. Los obstáculos que afectaron, negativamente, en sus últimos años de torero, la tauromaquia del Volcán de Aguascalientes, amenazan, también, de manera creciente, la supervivencia de la tauromaquia misma.

¿Tiene futuro la Fiesta de los Toros o estamos en presencia de un ideal caducado, como el ideal caballeresco defendido por aquel manchego estafalario, “fantasma del desierto”? Tal vez pueda ser lo segundo, tal vez; pero, como escribió Vargas Llosa, a propósito de *Don Quijote*, todos, en algún momento, nos sentimos defensores de un ideal caducado.

Colofón

Libros como los del Doctor Alfonso Pérez Romo contribuyen a un mejor conocimiento y comprensión de una actividad compleja y controvertida como la tauromaquia. Fueron escritos para homenajear a dos grandes diestros de Aguascalientes y no pretenden, por supuesto, convencer a nadie ni que nadie cambie de opinión; tienden puentes de entendimiento y ayudarían, si fuera el caso, a formarse una opinión menos desinformada y prejuiciosa sobre el toreo. Creo, finalmente, que en tiempos como éstos, donde abundan expresiones vociferantes, iracundas y agresivas, tenemos mucho que aprender de Pérez Romo, de su actitud intelectual abierta y dialogante, de su humanidad empática, cordial y hospitalaria.

Fuentes de consulta

- Alameda, Pepe. *Las pantorrillas de Florinda y el origen bélico del toreo*. Editorial Grijalbo, 1980.
- Baudelaire, Charles. “El dandy”. “Obras críticas. Curiosidades estéticas, IX”. En *Obras*. Aguilar, 1963.
- Berman, Morris. “Economía, tecnología”. En *Edad oscura americana. La fase final del imperio*. Sexto Piso, 2006.
- Bruckner, Pascal. *La tentación de la inocencia*. Anagrama, 1996.
- Couliano, Ioan P. y Eliade Mircea. *Diccionario de las religiones*. Paidós Orientalia, 2022.
- Felipe, León. “Ya no hay locos”. En *Versos y oraciones del caminante*. Visor Libros, 2022.
- García Lorca, Federico. “Juego y teoría del duende”. En *Obras completas, t. III*. Aguilar, 1991.
- Monosabio (Quiroz, Carlos). *Mis veinte años de torero. El libro íntimo de Rodolfo Gaona*. Biblioteca Popular de “El Universal”, 1925.

- Monterroso, Augusto. *Obras completas y otros cuentos*. Ediciones Era, 2011.
- Pérez Romo, Alfonso. *El aroma del toreo, Alfonso Ramírez “El Callesero”*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2005.
- . *Rafael Rodríguez. El sentido profundo del toreo*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2020.
- Rosenberg, Jacob. *Rembrandt. Vida y obra*. Alianza Editorial, 1987.
- Vargas Llosa, Mario. “Una novela para el siglo XXI”. En *Don Quijote de la Mancha*. Real Academia Española, Ed. del IV Centenario, 2004.
- Villaurrutia, Xavier. *Obras*. Fondo de Cultura Económica, Letras mexicanas, 1974.